



PUNTOS DE VISTA COMPARADOS DE ANTENOR ORREGO Y CÉSAR VALLEJO

Eduardo Paz Esquerre

Universidad Privada Antenor Orrego

INTRODUCCIÓN

En el texto que titula *Historia*, de su libro “Notas Marginales”, Antenor Orrego señala que “...la pro-genie humana engendra en todas las épocas ciertos ejemplares de hombres dotados de segunda vista, de una suerte de sentido del futuro que les permite percibir lo que existe vago y soterrado en la masa. Son los depositarios de la nueva fe, los heraldos vibrantes de la nueva esperanza, las urnas vivientes del nuevo amor. Son aquellas individualidades fuertes y magnéticas que agrupan y condensan en su torno, como polos de atracción, los afloramientos dispersos de la corriente central”.

Hay que decir que Antenor Orrego y César Vallejo son ese tipo de hombre. Poderosas individualidades cargadas de creación y llenas de impulsión gestora y de predestinación que, al contacto con lo que los rodea, supieron traducir en palabras, cargándolas de energías vitales, cada uno a su modo, su comprensión de la vida, su comprensión de las fuerzas esenciales que dinamizan el mundo en plenitud y universalidad, y lo trocaron en pensamiento impulsor, magnético, estético, fertilizador.

Nos proponemos identificar y comparar puntos de vista específicos de la visión que, a través de sus correspondientes planteamientos, tuvieron Antenor Orrego y César Vallejo sobre América Latina. Ello nos permitirá valorar, críticamente, la vigencia

de sus correspondientes enfoques y reconocer semejanzas y diferencias. Ambos ejercieron el periodismo de opinión. Pensaron, interpretaron y extrajeron, afirmaciones ideológicas, sociales, filosóficas y culturales en su quehacer. Por una cuestión de equidad, tomamos, como material para comparar sus puntos de vista, los textos que ambos publicaron en vida, en diversos medios de comunicación, entre 1918 y 1938, año este último en el que se produjo el fallecimiento de César Vallejo.

Veamos algunos asuntos puntuales.

I. DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

a) ANTENOR ORREGO

La conquista española fue para América Latina –en muchas opiniones– un factor destructivo, ya que ella hizo un vasto exterminio de vidas humanas y de las formas particulares de civilización que habían alcanzado las culturas prehispánicas de América Latina, especialmente las de México y Perú.

Orrego ve en la conquista europea de América uno de los peores hechos de la historia americana. En la segunda sección de “Pueblo Continente”, que el titula *buceando en el abismo*, texto que ya estaba listo en 1937, Orrego escribe:

“Para América, la conquista europea fue una catástro-

fe, una tragedia de proporciones cósmicas, ya que ella significó no sólo el hundimiento y el eclipse de una raza que había llegado a un estadio resplandeciente de civilización, sino también, la inserción de un alma extraña que vino, a su vez, a trizarse o, cuanto menos, a deformarse dentro de las poderosas fuerzas geo-biológicas que actuaban en la tierra continental como un disolvente, como una energía letal y corrosiva. De este choque salieron moribundas y cadaverizadas, como sombras espectrales, el antigua alma indígena y el alma invasora de Europa. En la historia del mundo, América es un gran desgarrón. El desgarrón de una raza vigorosa por obra de la conquista y la violencia de la barbarie occidental” (Orrego, tomo I: 148).

En el artículo “Americanismo y peruanismo”, publicado en la revista “Amauta” N° 9, Lima, en mayo de 1927, Orrego afirma:

“Continente joven se ha llamado a América, que ha sido hasta hoy, como lo repito pudridero de América. Todas las decadencias y vicios europeos pasaron el mar para descomponerse y morir por desnutrición, por debilitamiento. El espectáculo de América desde el descubrimiento hasta ahora ha sido el espectáculo de la vejez y de la desintegración” (Orrego, tomo I: 278).

Este choque racial, esta unión de dos mundos dio lugar al mestizaje. América ha sido lugar para la llegada no sólo de europeos sino de asiáticos y africanos, que dieron también nacimiento al criollo. El cruce de todas estas razas son determinantes para el nuevo hombre. Era lógico e inevitable la fusión de razas, como un escalón hacia una forma ascendente de vida.

En “Pueblo Continente” destaca también la mayor integración racial, planetaria, que habría de surgir después de la conquista del nuevo continente:

“América –escribe– ha sido el lugar de cita de todas las sangres. Los innumerables vertederos de las razas han venido a juntarse en esta fuente caótica, en esta cuenca ecuménica del planeta. La fusión se ha realizado o está realizándose, en parte, en los Estados Unidos y, de una manera completa y absoluta, en los países de América Latina” (Orrego, tomo I: 179).

b) CÉSAR VALLEJO

¿Y qué es lo que pensó César Vallejo sobre el descubrimiento y conquista de América y la consiguiente influencia europea?

Vallejo ve en esos sucesos un conjunto de acontecimientos de efectos negativos en la evolución y desarrollo de América Latina. Distingue en ellos los pecados de la mala colonización efectuada por Europa, aquí y en muchas otras partes del mundo. Destaca la necesidad de profundizar en el conocimiento de nuestra historia, pues considera que conociendo el pasado se encara mejor el futuro. En su artículo titulado “La historia de América”, publicado en Génova en mayo de 1926, escribe:

“Hemos comenzado a darnos cuenta de la necesidad de un examen histórico, porque tenemos una historia. Lord Camavon y la Institución Carnegie nos han enseñado el mal exhalante de las tumbas, los delicados sortilegios de la historia. Ya nos damos cuenta que si queremos grandes torres para el futuro, es necesario observar los estratos de los cuales emerge toda esta vital inquietud que nos anima y nos empuja a perdurar. Porque quien no conoce ni sabe nada de sus ancestros, no presentará ni sabrá nada de sus hijos. Y yendo hacia el pasado, se llega al futuro.

Porque América no es, como dicen los sociólogos de moda, un continente nuevo. Solamente es un continente inexplorado, lo que no quiere decir lo mismo. Nuevo para los europeos; nuevo y viejo, al mismo tiempo, para los aborígenes. ¿Continente nuevo? ¿Nuevo en qué? ¿Nuevo como sinónimo de primitivo? ¿Nuevo como raza? ¿Nuevo como hecho geológico? El descubrimiento de América será reciente; pero no es nuevo aquello que ya existía desde muchos siglos antes de la aventura colombina, como hecho de tierra, como raza y como cultura. (...) El examen histórico de América está en su comienzo” (Ballón, 1987:72).

En el artículo titulado “Oriente y Occidente”, publicado en “Mundial” el 27 de mayo de 1927, Vallejo hace violentas denuncias por delitos de cultura y humanidad cometidos por Europa a partir del descubrimiento y conquista de América:

“¿Quién podría denunciar –escribe–, una vez por todas, que en América hemos perdido también nuestra alma y que la hemos perdido por Europa? Porque en América (hablo de América Latina) los europeos nos han arruinado todo, filosofías, religiones, industrias, artes y del mismo modo que en el Oriente, hay desde el arribo de Colón un terrible vacío en nuestra vida” (Ballón, 1987: 102).

Vallejo, en el citado artículo y en otro titulado “¿Qué pasa en el Perú?”, publicado en junio de

1933, en “Germinal”, semanario izquierdista parisino, reconoce la existencia de formas de nacionalidad peruana en las culturas prehispánicas sudamericanas que lograron integrar y cohesionar amplios sectores regionales; ejemplo, el Imperio Inca. No importa que no existiera entonces la palabra Perú. Europa destruyó esos rasgos de nacionalidad prehispánicos hasta dejar a estos pueblos desprovistos de identidad política, reducidos casi a la condición de esclavos explotados en las mitas y encomiendas por los conquistadores españoles y cuyas consecuencias nefastas se manifestaron en la etapa republicana de la historia del país.

II. EDUCACIÓN Y CULTURA EN AMÉRICA

a) ANTENOR ORREGO

Sobre este tema, Orrego vislumbra un nuevo destino cultural y humano para América que, de hecho, comprende la educación en su proceso transformador. Así lo describe en “Pueblo Continente”:

“La amplitud de la catástrofe americana está en relación con la amplitud de la construcción futura. No se aventura nada al decir que no es ya un simple matiz de raza o de cultura el que va a expresarse en el nuevo continente, sino un aspecto fundamental y nuevo del espíritu universal. En verdad, una nueva criatura cósmica es la que está estructurándose en sus entrañas; un nuevo mensaje humano, el que está surgiendo de sus senos juveniles. América importa para la cultura del mundo contemporáneo, lo que Europa importó para la cultura del mundo antiguo: lo que el cristianismo significó, como transformación espiritual, para el mundo de la antigüedad. Mas, como todo gran proceso histórico no es rectilíneo sino en espiral, como lo pensó Goethe, en cada círculo concéntrico abraza una mayor y más dilatada trayectoria, América está destinada a una más amplia proyección cultural y humana. No se trata de un simple mesianismo colectivo: se trata de una correlación dialéctica que se hace patente a poco que observemos con ojos profundos la vida continental presente en relación con el porvenir” (Orrego, tomo I: 133-134).

Para realizar esta tarea, América debe encontrar el sentido de la vida, encontrar sus propios motivos, sus propios incentivos, debe encontrar su razón de

ser, así la cultura en formación tendrá un porqué, su pueblo sabrá por qué y para qué lucha. La verdad de América debe ser hallada y con ello su destino como civilización. En el artículo “Cultura universitaria y cultura popular”, publicado en la revista “Amauta”, Lima, julio de 1928, Orrego reflexiona del siguiente modo:

“Nuestra gran empresa de universitarios –tal vez nuestra única empresa– es vivir la cultura. Basta ya de bagazo erudito que no sirve ni para mejorarnos ni para mejorar nuestra patria. Necesitamos estudiar la calidad de nuestra América y crear nuestro propio pensamiento, nuestra propia política, nuestra propia economía, nuestra propia estética, nuestra propia historia. (...) Necesitamos maestros americanos que nos enseñen a conocer y amar nuestra América, maestros que vivan con nosotros la infinita y heroica voluptuosidad de crear un nuevo continente intelectual, maestros de una raza ‘por cuya boca hablará el espíritu’” (Orrego, tomo I: 308).

En su artículo “La reforma de la enseñanza superior”, publicado en el diario “La Reforma”, en la década del veinte del siglo pasado, Orrego concibe así la nueva enseñanza universitaria, criterio que tiene plena vigencia educativa:

“Preciso es que la enseñanza universitaria sufra una completa inmersión en la cultura moderna, que su espíritu docente tenga una real y proficua sustancialidad contemporánea, que repare y haga desaparecer esa incongruencia mental y cordial con el espíritu de su época. La Universidad no puede reducirse a ser exclusivamente un copioso archivo o museo de métodos, de enseñanzas, de ideologías, de sistemas o de disciplinas, sino un incesante laboratorio de renovación y de creación espiritual. Una cátedra no es un catálogo, crónica u osario de las teorías o principios de una ciencia, sino algo vivo y orgánico, algo que fluye y se produce constantemente con potente vitalidad, algo que siempre está abierto a la discusión, al pensamiento libre y a la iniciativa individual. El maestro debe tender no tanto al desarrollo prolijo de la disciplina que dicta, cuanto a hacer vivir por sus alumnos el espíritu capital de ella, a provocar su asimilación en la personalidad, a incorporarla en su vida interior, a suscitar su atención y su interés espiritual” (Orrego, tomo I: 395).

En cuanto al arte, la referencia en Orrego es todo un continente. No habla de manera individual de países o pueblos, habla de todos ellos en conjunto, en una unión de artes, literaturas y ritmos. En el



Otros miembros del grupo NORTE: Juan Sotero, Macedonio de La Torre, José Eulogio Garrido, Carlos Valderrama, Abraham Valdelomar (de visita en Trujillo), Néstor Alegría y Federico Esquerre Cedrón. Trujillo, 1918.

artículo “Americanismo y peruanismo”, de 1927, Orrego dirá:

“Tampoco creo posible la creación de un arte exclusivamente nacional en el porvenir. Las diferencias entre los diversos pueblos indoamericanos son tan pequeñas y mezquinas que no pueden generar artes y literaturas independientes con ritmo singular o acentuación propia. Creo sí en un americanismo como reflejo de la nueva América que está naciendo. Creo en una nueva cultura con valores propios y universales, valores que comienzan a vislumbrarse y que servirán de integración al espíritu humano. Creo en una visión y una emoción cósmicas iniciales que son privativas de la nueva raza y que han principiado a articularse estética y filosóficamente” (Orrego, tomo I: 276).

En este contexto, el nuevo hombre de América es el corazón del continente, del Pueblo Continente. En tal sentido Orrego manifiesta:

“Dijimos también, que el nuevo hombre de América era –para buscar un símil fisiológico– el resultado de la asimilación, de la conjugación, de la digestión vital de los mundos antitéticos a través de cuatro siglos de fricción pugnaticia. El nuevo hombre de América es el nuevo órgano biológico que necesita el continente para articular su destino” (Orrego, tomo I: 208).

b) CÉSAR VALLEJO

¿Cuál es la visión que César Vallejo tenía de la educación y la cultura en América Latina? Son pocos los artículos en los que Vallejo se ocupa del tema Educación. En el artículo titulado “El espíritu universitario”, que data de agosto de 1927 y publicado en la revista “Variedades” de Lima, se refiere específicamente a la educación universitaria en América. Empieza, previamente, destacando la dependencia cultural de América respecto a Europa:

“Todos estamos de acuerdo en que América vive culturalmente de Europa como prestataria o depositaria de las formas occidentales en política, en arte, en religión, en idioma. Y aunque no todos estamos de acuerdo en que tales formas dominarán en el porvenir de América, nadie puede negar, por ahora, que el nuevo continente sigue cada vez más cerca y al pie de la letra los pasos del espíritu europeo” (...).

“En Europa, la universidad, por ejemplo, es dentro del ideal democrático, un factor de orden y orientación, una disciplina de método y razón. Por mucho que Jaurés quería convertir a la universidad en exclusivo foco de debates revolucionarios y centro de todos los liberalismos, el espíritu universitario ha sido y continuará siendo, sobre todo, un hogar de serenidad espiritual —que no hay que confundir con el anquilosamiento— y un austero laboratorio de alta creación. En América, por el contrario, la Universidad ha descendido de su rol creador a la barricada lugareña y capitulera con todas sus rutinas, sus personalismos de charol y sus mesianismos de segunda mano. En Europa la Universidad crea silenciosamente dejando el papel divulgador a otros factores sociales. En América la Universidad tiende a reducirse a la ya famosa extensión universitaria o universidad popular, cuando ella no se circunscribe a la repetición en familia de la cultura europea” (Puccinelli, 1987: 236-237).

Vallejo señala que cuanto de intelectual ha producido América después de la colonización española, no ofrece más que un muy mediocre interés para Europa, ya que se diferencia poco o casi nada de la producción exclusivamente española. Sin embargo, considera que sí puede ser posible ser original. Así lo afirma en el artículo titulado “Una gran reunión latinoamericana”, publicado en la revista “Variedades” de Lima, en marzo de 1927:

“La versión que hay que hacer es de las obras rigurosamente indoamericanas y precolombinas. Es allí donde los europeos podrán hallar algún interés intelectual, un interés, por cierto, mil veces más grande que el que puede ofrecer nuestro pensamiento hispano-americano. El folklore de América, en los aztecas como en los incas, posee inesperadas luces de revelación para la cultura europea. En artes plásticas, en medicina, en literatura, en ciencias sociales, en lingüística, en ciencias físicas y naturales, se puede verter inusitadas sugerencias, del todo distintas al espíritu europeo. En estas obras autóctonas, sí que tenemos personalidad y soberanía y, para traducirlas y hacerlas conocer, no necesitamos de jefes morales ni de

patrones (...) Porque no debemos olvidar que, a lo largo del proceso hispano-americanizante de nuestro pensamiento, palpita y vive y corre, de manera intermitente pero indestructible, el hilo de sangre indígena, como cifra dominante de nuestro porvenir” (Ballón, 1987: 90).

En el campo de la literatura, en su artículo “Contra el secreto profesional”, publicado en la revista “Variedades”, Lima, en mayo de 1927, critica a su generación de producir una literatura prestada, sin espíritu propio, sin autonomía propia:

“Acuso, pues, a mi generación de continuar los mismos métodos de plagio y de retórica de las pasadas generaciones, de las que ella reniega. No se trata aquí de una conminatoria a favor de nacionalismo, continentalismo, ni de raza. Siempre he creído que estas etiquetas están fuera del arte y que cuando se juzga a los escritores en nombre de ellas, se cae en grotescas confusiones y peores desaciertos” (Ballón, 1987: 94).

En el artículo “El espíritu polémico”, publicado en la revista “Mundial”, Lima, noviembre de 1928, Vallejo reflexiona sobre las características del hombre nuevo del planeta, dentro del desarrollo histórico mundial y americano de su tiempo:

“El hombre verdaderamente nuevo está adquiriendo una conciencia rigurosa de la capacidad creadora y libre de su voluntad, junto con su austero sentimiento de la responsabilidad humana ante la historia. De esta suma injerencia del hombre en la creación de la historia —que él no concibe fuera de los resortes libres de su voluntad— está proscrito todo fatalismo y todo determinismo” (Ballón, 1987: 135).

III. INTEGRACIÓN AMERICANA

a) ANTENOR ORREGO

En la ruta de integración de los pueblos latinoamericanos, Orrego ve un largo proceso que reúne ciertas características especiales que describe en “Pueblo Continente”:

“En los pueblos y las razas no hay esa discontinuidad biológica que se observa en el hombre, considerado como individuo, cuando éste se desintegra. Es muy cierto aquello de que a una muerte y a una decadencia sucede siempre un nuevo brote, un nuevo nacimiento. Muere y se descompone el indio, pero, también, muere y se descompo-

ne el europeo para que surja, luego, una nueva estructuración, una nueva conformación fisiológica y espiritual del hombre americano.

“No hay muerte ni desintegración absolutas, ni en la Naturaleza ni en la Historia. Se disuelven y mueren las formas de expresión de un ciclo cultural, pero, la modalidad cósmica, el sentido espiritual, y aun la estructura síquica que esas formas realizaron, se transmiten como continuidad hereditaria hacia el porvenir, más bien dicho, hacia el porvenir del espíritu (...).

“Este proceso de desintegración y descomposición está en América, finalizando. Se encuentra en sus últimos estadios, y ha comenzado, también, el proceso correlativo de integración, de recomposición, de síntesis. América está encontrando, otra vez, su virginidad y su juventud; está encontrando su porvenir y su mañana porque el pasado autóctono y europeo está abismándose en las entrañas remotas del tiempo. El pretérito ha perdido ya su virtualidad y su fascinación. Se ha desvanecido para siempre el mágico hechizo.

“La comprobación más efectiva de este aserto es el hervor, el dinamismo galopante de que es ahora vasto escenario el Nuevo Continente. Esa beligerancia encendida, esa disconformidad pugnaz de las juventudes latinoamericanas lo revelan con definida claridad” (Orrego, tomo I: 139-140).

El ideal de integración americana tan deseado, ha sido heredado generación tras generación. Puede morir la materia, desintegrarse el cuerpo, pero las ideas, los anhelos y deseos de los pueblos americanos de formar una sola América ha persistido. América Latina no sólo es un nuevo mundo sino también es la continuidad de un destino que debe asumir su oportunidad.

Dice, Orrego, en “Pueblo Continente”:

“El destino de América es resolver, en una superior unidad humana, la cuita angustiada, la encrucijada trágica en que se ha desembocado el mundo contemporáneo, y ser ella misma una continuidad y la continuidad del mundo. No queremos decir, como Spengler, que haya llegado la decadencia definitiva del Occidente, sino que la pendulación espiritual y cultural del mundo tendrá que pasar a América, así como antes estuvo en Asia y después en Europa. América será como la partera cósmica de una cultura integral cuya máxima expresión se dé tal vez en Oriente, tal vez en Europa. Es el secreto del destino y de los tiempos” (Orrego, tomo I: 160-161).

“Para nosotros, la patria es América” había proclamado Bolívar, refiriéndose al territorio que Orrego llama “Pueblo Continente”. Un continente que busca superarse, pues el destino de América es construir una cultura superior a la europea, en la visión de Orrego. Sin embargo, reconoce que es un proceso:

“Mientras el resto del mundo se encuentra, ya en formas cristalizadas y fijas, ya en plena fusión disgregativa, América es, todavía, un plasma móvil, un fenómeno en plena refundición vital. Mientras todas las demás culturas se hallan en su madurez o en su declinación porque han encontrado el sentido de su solución humana, América es todavía una infancia, una incógnita problemática. Y, si hasta hoy ha sido Sepulcro, es indudable que ya comienza a ser una Cuna”.

“Desde hace cuatro siglos todas las razas están derriéndose en la hoguera de América. Para ayer, necesaria fusión disgregativa; proceso de integramiento y de reconstitución, para mañana”. (...) “...ha comenzado el proceso de integración. El indio, el blanco, el asiático, el negro, todos han traído su aporte y se han podrido o están acabando de podrirse en esta inmensa axila cósmica, para libertar sus respectivas superioridades integrantes que harán el hombre americano, cumplido ya para el porvenir de la humanidad” (Orrego, tomo I: 148).

Para esa tarea disponemos de un pueblo fruto de todas las razas:

“Ningún continente ha acogido con más ancha recepción a las multitudes de toda la tierra. Continente-Multitud se puede llamar a América y, especialmente, a América Latina. De esta contigüedad y entremezclamiento telúricos de todas las progenies está surgiendo —ha surgido ya— un gran pueblo con posibilidades inauditas de nuevas y superadas expresiones espirituales. La multitud, organizando y estructurando sus instrumentos de expresión humana se ha hecho Pueblo, un Pan-Pueblo, un Pan-Mundo, un Pan-Universo” (Orrego, tomo I: 220).

b) CÉSAR VALLEJO

Nuestro gran poeta considera que, en su tiempo, no existe el espíritu latinoamericano —principio de integración— y hay que crearlo. En el artículo “La juventud de América en Europa”, publicado en la revista “Mundial, Lima, en febrero de 1929, así lo afirma.

Discrepa con los que creen que América Latina es la sociedad elegida por las fuerzas insondables de

la historia para suceder al Occidente en la dirección cultural del mundo. En el artículo “La megalomanía de un continente”, publicado en el diario “El Comercio”, Lima, en febrero de 1929, comenta:

“Spengler ha pervertido, sin quererlo, a los muchachos de América. La decadencia de Occidente ha magullado la nuca y los tobillos de más de un escolar latinoamericano. Diagonalmente, culpa no tiene el filósofo de que haya gentes que no saben leer y, mucho menos, deducir de lo que leen, consecuencias científicas, ya que no imparciales (La ciencia no excluye la pasión).

“¿Qué enseñanza se deduce en América de la obra de Spengler? La enseñanza de que la cultura occidental agoniza llamando a su socorro a las fuerzas constructivas de las otras sociedades. ¿Y cuáles son estas fuerzas que pueden sustituir al espíritu occidental? Los estudiantes de América estiman que en las interlíneas de “La Decadencia de Occidente” se desliza sutilmente la alusión a América Latina como la sociedad elegida por las fuerzas oscuras e insondables de la historia para suceder al Occidente en la dirección cultural del universo. ¿En virtud de

qué ritmo específico de la historia ha de ser América Latina el foco de la Próxima civilización? Los estudiantes latinoamericanos no lo saben a ciencia cierta y las explicaciones que dan para sostener semejante candidatura a una próxima hegemonía cultural, participan del empirismo y suficiencia congénitos al espíritu criollo.

“En el resto del mundo se conoce, sin duda, esta actitud tan improvisada como antojadiza de América Latina. Aún cuando nadie, en el fondo, cree en esa misión de América, se condesciende –no sin guiñar el ojo, con sorna y malicia, a nuestra espalda- con esta inocente postura de nuestro rastacuerismo, de la que muchos aprovechan como precio de la tolerancia con que la miran, para oponerla, por la punta o por el cabo, a tal o cual movimiento económico de justicia social como el que arranca del Soviet.

“Pero consideremos en sí misma la tesis latinoamericana –diciendo lo menos- ridícula, pues no se acuerda con nuestra experiencia histórica, con nuestra actual estructura cultural ni con la realidad objetiva de las demás sociedades (...).



Los hijos de Antenor Orrego Espinoza con los profesores que dictan la Cátedra Antenor Orrego –en la que se estudia su vida y obra– en la UPAO: Liliana Orrego Spelucín, Elmer Robles Ortiz, Alicia Orrego Spelucín, Eduardo Paz Esquerre y Antenor Orrego Spelucín.

“Otra dificultad para una próxima e inmediata hegemonía latinoamericana brota de nuestra confrontación con otras sociedades cuyo desarrollo las coloca como posibles sucesoras del espíritu occidental y ante las cuales resultamos de una inferioridad irremediable. Rusia y Estados Unidos –pueblos en que se polarizan actualmente todas las inquietudes y fuerzas del mundo- serían, sin duda, los más indicados para insuflar una nueva vida a los hombres. En ese rol los llaman sus grandes riquezas naturales, sus propias disciplinas culturales ya adquiridas, su enorme población, su homogeneidad; en cambio, ¿América Latina? (...)

“Si por lo demás, y en el terreno abstracto de la hipótesis, se sostiene que nadie sabe de lo que pueden ser capaces los pueblos, responderemos que, por desgracia, la perspectiva del porvenir está hecha de recursos plásticos más o menos reales y manuales. Cuando estos recursos participan de lo vago o impalpable o del azar y se nos escurren entre los dedos, nada podemos decir del futuro.

“Y en cuanto a los demás, Marx ha decretado, una vez por todas, la falencia del sentimentalismo, de la utopía y del patriotismo, pequeño o grande, en materia sociológica” (Ballón, 1987: 164-166; Puccinelli, 1987: 327)

En el artículo “¿Qué pasa en el Perú?”, un largo análisis publicado en siete partes en varios números de “Germinal”, París, durante el mes de junio de 1933, César Vallejo se pregunta:

“¿A dónde va América del Sur? Yo interrogo dese lo alto de los Andes peruanos hasta lo lejos, al norte, las fronteras de Colombia, del Ecuador y de Venezuela; al sur, Chile, Bolivia y la Argentina; al este, el Brasil; y al oeste, el Océano sosegado, cuyas aguas se pierden en la distancia, para encontrar y penetrar Asia y Oceanía... Keyserling ha predicho grandes cosas en referencia a América del Sur. Un escritor español, Baroja, lo ha llamado “continente estúpido”. Romain Rolland ha manifestado su esperanza en un porvenir resplandeciente para esos países. Luc Durtain, en un estudio reciente realizado en el lugar, ha constatado allí una potencia de transformación social asombrosa. ¿Qué podría aducirse de esto? Ningún continente más cargado actualmente de misterio social que el continente latino. (...) América del Sur mantiene, por el contrario, todavía inédito para los ojos del mundo, el sentido de sus esfuerzos y de sus esperanzas” (Ballón, 1987: 181).

En la séptima parte de este mismo artículo del año 1933, César Vallejo reflexiona sobre lo que hoy llamamos globalización:

“Hemos llegado a un estadio de la evolución mundial en el que el destino y porvenir del más pequeño de los países están estrechamente ligados al destino y porvenir del conjunto de las naciones. La situación del Perú, así como la de toda América del Sur, no cambiará sino cuando la situación internacional haya cambiado ella misma. Igualmente, el sentido que los acontecimientos sudamericanos puedan adquirir en el futuro, habrá de seguir de cerca al de los acontecimientos del mundo entero.

“Ciertamente, el mundo entero está en crisis, y la solución de esta crisis depende, hasta nueva orden al menos, de las grandes potencias, debiéndose a su intervención financiera en todos los países mucha parte del desajuste universal” (Ballón, 1987: 201-202).

IV. CONCLUSIONES

1) Descubrimiento de América. Hay una total semejanza y coincidencia de puntos de vista entre Antenor Orrego y César Vallejo, en cuanto a que la conquista española fue dañina, destructiva de las civilizaciones existentes en América Latina. Al destruirse filosofías, religiones, industrias, arte nativos y todo lo que había de vivo, orgánico y fuerte en esta parte del mundo, con las decadencias y vicios europeos trasladados a América se resquebrajaron las formas de nacionalidad existentes en los pueblos aborígenes y se impusieron estructuras sociales aberrantes que duraron hasta la etapa republicana. Vallejo recalca la necesidad del examen histórico de los pueblos de América, ya que considera útil conocer la historia de nuestros ancestros para llegar mejor al desarrollo de nuestro futuro.

2) Educación y cultura en América. Vallejo y Orrego coinciden en que América vive culturalmente de Europa. Los mejores maestros de América son maestros europizados. La universidad latinoamericana se circunscribe a la repetición de la cultura europea. La producción intelectual producida en América después de la conquista española no se diferencia de la producida en España. Una cultura traída de Europa como arma de dominación ideológica para el manejo de las formas de pensamiento. Orrego destaca que nuestras universidades no se han propuesto formar “hombres”, sino “profesionales”; es decir, no se forman hom-

bres, calidad humana en base de principios y valores, sino sujetos hábiles en determinadas destrezas propias de cada profesión.

Para Orrego, en la formación de una cultura viva, americana, creadora de nuestro propio pensamiento en política, economía, estética e historia, deben participar, como elementos primordiales la universidad y el pueblo, el trabajador manual y el trabajador intelectual. La enseñanza universitaria debe sufrir una completa inmersión en la cultura moderna. Vallejo considera que en artes plásticas, en medicina, en literatura, en ciencias sociales, en lingüística, en ciencias físicas y naturales, se pueden verter en América inusitadas sugerencias diferentes del espíritu europeo.

Por otro lado, Orrego considera que en el porvenir no será posible la creación de un arte exclusivamente nacional: será el de un americanismo, expresión de una nueva cultura con valores propios. Vallejo, en cambio, considera que las etiquetas en torno a nacionalismos o continentalismos en arte están fuera de lugar y no debe juzgarse a los artistas en nombre de ellas.

Los dos coinciden en la noción de aceptar la existencia de un hombre nuevo; uno desde una perspectiva latinoamericana, y otro, desde una perspectiva más genérica, planetaria. Orrego afirma que el nuevo hombre de América es el nuevo órgano biológico que necesita el continente para articular su destino, producto transfundido de la raza autóctona y de todas las razas del mundo que vinieron aquí. Vallejo ve un hombre nuevo en todas partes del mundo, que está adquiriendo una conciencia creadora y crítica que le permite discernir mejor lo correcto de lo incorrecto en la sociedad o en los movimientos de la historia. Y ese hombre nuevo está también en los movimientos juveniles latinoamericanos, quienes deben tener la capacidad de reconocer lo puro, grande y esencialmente revolucionario en América, capaz de quedar indemne en los esfuerzos de mejorar la vida satisfaciendo nuestras necesidades, pues de lo que se trata es de interpretar el mundo y de transformarlo.

3) Integración americana. En este tema no hay coincidencia en las ideas expuestas por ambos auto-

res. Orrego plantea que somos ya los indoamericanos el primer Pueblo Continente de la historia y nuestro patrimonio y nacionalismo tiene que ser un patriotismo y nacionalismo continentales. Señala que de la mezcla de todas las progenies está surgiendo, en América Latina, un gran pueblo con posibilidades inauditas. Para Vallejo no existe ni existirá por mucho tiempo un espíritu latinoamericano, base de toda integración: es algo que está por crear. Y lo primero que debemos hacer es constatar, honradamente, que no existe y ni siquiera se vislumbra.

Vallejo considera un equívoco que los estudiantes de América estimen que en “La Decadencia de Occidente”, difundido libro de Spengler, se desliza sutilmente, entre líneas, y ellos así lo crean, la alusión a América Latina como a la sociedad elegida por las fuerzas oscuras e insondables de la historia para suceder al Occidente en la dirección cultural del universo. Considera que esta tesis no está de acuerdo con la experiencia histórica, nuestra actual estructura cultural, ni con la realidad objetiva de las demás sociedades.

Orrego señala que no afirma, como Spengler, que ha llegado la decadencia definitiva de Occidente, sino que la pendulación espiritual y cultural del mundo tendrá que pasar a América y que América será como la partera cósmica de una cultura integral. Considera que en América está finalizando un proceso de desintegración y descomposición de las formas de expresión de un ciclo cultural y ha comenzado el proceso correlativo de integración, de recomposición, de síntesis que da origen a una nueva etapa: “*El destino de América*—dice en su libro “Pueblo Continente”— *es resolver, en una superior unidad humana, la cuita angustiada, la encrucijada trágica en que ha desembocado el mundo contemporáneo, y ser ella misma una continuidad y la continuidad del mundo*” (Orrego, tomo I: 160-161).

Vallejo ve que sobre la economía de América Latina impera el imperialismo norteamericano (Wall Street) y que sobre la mentalidad y las costumbres, el pensamiento francés. Por otro lado, reconoce que el destino y porvenir del más pequeño de los países están estrechamente ligados al destino y porvenir del conjunto de las naciones del mundo;

por ello afirma que la situación del Perú, así como la de toda América del Sur, no cambiará sino cuando la situación internacional haya cambiado ella misma. Se desprende de ello que, en opinión de Vallejo, no existe ningún rol rector de América Latina en el concierto de las naciones y que ella mantiene todavía inédito para los ojos del mundo el sentido de sus esfuerzos y esperanzas.

El tema de la integración americana continúa vigente en nuestros tiempos y continuará indefinidamente. Y desde ese ideal soñado y profetizado por Orrego, y desde esa falta de concretización en la realidad objetiva observada por Vallejo, en el curso de los años se han fundado organismos que apuntan hacia su realización paulatina. Tenemos, entre ellos, la Organización de Estados Americanos (OEA), fundada en 1948; la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPALC), establecida en 1948; la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), fundada en 1960, y que, en 1980, cambió su nombre por Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI); el Instituto de Integración de América Latina (INTAL), fundado en 1965; el Organismo para la Proscripción de Armas Nucleares de América Latina (OPANAL), establecido en 1967; la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE), creada en 1973; y el más reciente, el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) ratificado el 2001 en Quebec por 34

jefes de Estado de las Américas y que entró en vigor el año 2005. Sin embargo, se estima que muchos de estos organismos tienen limitada capacidad de maniobra.

Para concretar eficientemente la integración de América Latina como Pueblo Continente, en el nivel de realización vislumbrado por Orrego, como diría Vallejo, "...hay hermanos muchísimo que hacer".

Sin embargo, Orrego señala el camino:

"En suma, podemos formular, esquemáticamente –dice Orrego– la trayectoria futura de América: nacionalismo lugareño regresivo, antidualéctico; nacionalismo atómico y parroquial a la europea, impregnado de la pugna disgregante de la Edad Media o nacionalismo continental, unitario, congruente, constructivo y de una más amplia pulsación cultural y humana".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ORREGO, Antenor (1995). *Antenor Orrego, Obras Completas*. Cinco tomos. Lima, Perú. Editorial Pachacutec. Publicación de Cambio y Desarrollo, Instituto de Investigaciones.
- PUCCINELLI, Jorge –recopilación, prólogo, notas y documentación– (1987). *César Vallejo: Desde Europa. Crónicas y artículos (1923-1938)*. Lima, Ediciones Fuente de Cultura Peruana, segunda edición.
- BALLÓN Aguirre, Enrique -Prólogo, recopilación, selección, traducciones y notas- (1987). *César Vallejo: La Cultura Peruana (crónicas)*. Lima, Mosca Azul Editores, primera edición.